

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

GRACIELA TORO

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
-- Arturo Prat 1428 --
Santiago de Chile, 1983

¿Quién soy?

GRACIELA TORO

Decir QUIEN SOY, no sé si explica el asunto del que se habla o el tiempo de haber vivido. Todo tiene algo mío, y “el ejercicio de la memoria es un placer y un bien que implica conocimiento”. Invitada por la Agrupación Amigos del Libro y el Museo Vicuña Mackenna, debo enfrentar este ejercicio de la memoria por lo que es el amor a una vida practicada, no como un inventario puesto en orden por los años, sino de algo que está pasando entre nosotros para ir recuperando el tiempo perdido.

Me sitúo así dentro de una existencia habitual desde que escribo asomada a las cosas que vivo.

Soy mujer del Norte Grande. Nací en el puerto de Taltal, pueblo con alma e historia. Su pasado marcó una época con el auge del salitre. Hoy se ha replegado a su silencio, pero se mantiene desde el fondo del tiempo para reencontrarme. La lejanía que guarda de mi niñez es tan límpida que la distancia se pierde. Así, paralela a la ausencia y a la nostalgia, voy hacia el pozo de la memoria hurgando el tiempo desmembrado para reconstruir mi infancia.

¡Y vuelven los primeros aleteos! ¡Vuelve el mar! . . . el mar azul-jade zarpando repetidamente por los roquedales a entregarme sus conchuelas opalinas de las pozas y playas.

Yo buscaba el rumor de las olas en mis juegos de niña, era una manera de no estar sola, mientras el sol lanzaba su estallido sobre el agua verdosa de algas.

Hay algo mío en los recuerdos. Evoco un claro bosquecillo emergiendo detrás de los cerros. Cuando llegaba la primavera, los montes se cubrían de quiscos, azulillos, añañucas y lirios. El faldeo se oscurecía por la carga de chaguales transportados en las recuas de mulas. Cuando las hojas

del tronco se chamuscaban en llama fuerte, producían un olor denso, crepitante a resina.

Mis pasos me llevan a la iglesia, con su torre, que da la hora tantos años. Leo una fecha, 1897.

Frente a la vieja escuelita N^o 2, jubilosa me detengo en el tiempo. ¿Estará aún la señorita María Palma, mi primera maestra, nunca olvidada?

Cruzo calles hasta llegar al patio de la pequeña casa de madera. Allí está mi madre, la reconozco entre el tibio aroma del pan y de la miel. ¿Por qué será que nuestra infancia está tan llena de olores?

Mi abuelo Pedro, mezcla de cateador, arqueólogo y aventurero, irrumpió en mi infancia enseñándome un mundo de fantasía. Alto, delgado, de oscuro bigote, siempre tenía para mí, historias de changos y piratas. Solía perderse días y semanas tras una veta de oro o extrayendo de conchales, puntas de flechas. La Puntilla y el Muelle de Piedra eran sus lugares familiares. Cuando regresaba, me sorprendía regalándome pequeños tesoros. Algunas veces, un curioso caracol que acercaba a mi oído para escuchar el canto oceánico; otras, una gran variedad de piedras azules y blancas. Ante mis ojos, mi abuelo, igual que el entomólogo

que diseña sus mariposas, las separaba y clasificaba por colores y tamaños. Durante años he guardado celosamente estas piedras. Supe más tarde que tenían nombres: ágatas, cornalinas, amatistas. Yo amaba su alegría y su ternura, pero también la sabiduría y fantasía de sus cuentos. Yo puedo verme de nuevo transitar por mis trenzas y risas. Vuela desde entonces el aroma dulce que busco para reencontrarme. Puedo avivar el recuerdo ahora que encuentro en la pequeña casa de madera, el rumor del mar, el mismo por donde un día se desvaneció mi infancia.

Y debió ser cuando dejamos el puerto. Detrás quedó mi niñez y ese mar violentísimo en todos sus azules. Un blanco salitroso lo fue envolviendo, cubriéndolo de una pátina opalescente que se fue perdiendo hasta ser sólo transparencia. Cuando fui descubriendo la distancia y la dulzura se me hizo lejana, Taltal empezó a ensanchar sus dominios en mi nostalgia, hasta quedar como un remanso de los días irrecuperables.

* * *

Fuimos una familia feliz y unida. Mi padre fue un hombre bueno, sencillo, recto. Mi madre,

una mujer hermosa, muy tierna. Yo los amaba a ambos, pero fui más amiga de mi padre. Eramos cuatro hermanas, ahora somos tres que seguimos manteniendo lo más bello que nos enseñaron del amor, el respeto y la unidad familiar. Mi padre, Nicanor Toro Martínez, era de Taltal; mi madre, Angela Mercado Brizuela, de Copiapó. Mamá demostraba un orgullo muy particular por su apellido Mercado; al pronunciarlo, marcaba las sílabas con encantadora altivez. ¿De dónde sacaba ella esta arrogancia?

No se puede hablar de Copiapó sin nombrar a una de las familias fundadoras de esta vecindad. El primer Mercado fue el general Felipe de Mercado, que dejó una larga descendencia repartida en tantas familias que ahora participan en raigambre genealógica. El apellido Mercado es oriundo de San Julián de Santullán, partido de Castro-Urdiales, en la provincia de Santander y capitanía general de Burgos. Ofician posiciones de alcaldes mayores y regentes. Son de naturaleza constructores a su medida dentro de los servicios del Reino. Fortalecen la minería. Acuden al trazado de la ciudad con un solar contiguo a la plaza. Sus empresas fueron clave de herencias importantes por

la situación que tuvo posteriormente don Francisco Subercaseaux, que ocupa un cargo de alcalde al obtener el año 1789, carta de ciudadanía española, siendo oficial de marina de Francia, en atención a una cédula real expedida por el Rey en San Ildefonso, por su amor al real servicio y a la patria y que: “os hallais casado con doña Manuela Mercado, de las primeras familias del Reino de Chile y con sucesión”.

Esta historia del marino natural de Landes, en Francia, aparece en las “Memorias de Ochenta Años” de don Ramón Subercaseaux, al hablar de su abuelo, fundador de la familia.

Estas referencias son comunes por los años que debí ausentarme en mi viaje a España y visitar Burgos, la austera ciudad gótica que guarda los restos del Cid Campeador y donde los primeros reyes castellanos instalaron allí su capital.

Siempre me pareció música el cuento familiar, pero estando allí pensé en esa ascendencia por la naturalidad de estar, curiosa y absorbente, en el relicario manual de preguntas, orando en su catedral, Santa María, que cuentan, demoró tres siglos en terminarse. Algo mío recordé de mi ma-

dre, su expresión de inocente arrogancia, tan propia de Castilla la Vieja.

* * *

Pero, ¿QUIEN SOY? Mi nombre es Graciela. Cuando niña, recuerdo que en mi familia y más allá de ella, había otras Gracielas, a quienes llamaban Chelas. Mi padre nunca permitió que se me nombrara así, una vez que eligió este nombre por la impresión que tuvo al leer la novela "Graziella" de Lamartine. Fiel al romanticismo de mi padre, confieso que me gusta mi nombre, pero crecí llamándome Chely.

* * *

... Al norte, siempre al norte, porque entonces todos los caminos llevaban al corazón de la pampa y la rosa de los vientos apuntaba hacia la tierra ensombrecida de lejanías. De Taltal viajamos a Antofagasta y de ahí a Chuquicamata donde mi padre trabajó un tiempo. Mi abuelo regresó a sus minas de Copiapó. Del mineral solíamos bajar al puerto; eran viajes esporádicos y

cortos dispuestos por mi padre "para ir a ver el mar". Yo ingresé, junto a mis hermanas, a la escuela primaria de Chuquicamata.

* * *

Los primeros cuentos infantiles los escuché de labios de mamá; era una mujer imaginativa y a menudo nos inventaba historias y fábulas. A veces nos leía pasajes de la Biblia que luego explicaba para darnos mejor comprensión. Las narraciones de mamá eran siempre ejemplarizadoras donde la mentira a menudo ocultaba lo monstruoso; tanto nos inculcó esto que crecimos con la firme convicción de que lo más hermoso en la vida humana estaba en la verdad.

Desde pequeña mantuve una estrecha relación de amistad con mi padre; fue un ser extraordinario por quien no sólo sentí amor sino admiración profunda. Gran lector, hizo de mí, una lectora competente. Consideraba de importancia dejar cada mes una asignación para comprar el libro que más tarde formaría la biblioteca familiar. El primer regalo que recibí de su autoridad fue "Corazón" de Edmundo de Amicis, "La cabaña

del tío Tom” de Harriet Beecher Stowe, “Platero y yo” de Juan Ramón Jiménez. Siguiéron luego, “El Tesoro de la Juventud” y las lecturas de Julio Verne.

La revista infantil “El Peneca” significaba un premio. Mamá la adquiría únicamente si nos portábamos bien; pienso que mis hermanas y yo hacíamos mérito o, por lo menos, los días previos a su aparición. Al tenerla en casa se producía una incompetencia de lectoras; primero la leía Elsa, mi hermana mayor, luego me correspondía a mí, y finalmente a Nelly, mi hermana menor, que atesoraba mucha paciencia, porque al fin pasaba a su poder recompensada de la espera por un tiempo indefinido.

Algunas noches solía mi madre leernos poesía con entonación natural. Así llegó en mi infancia el nombre de Gabriela Mistral y sus versos los supe de sus labios como un rezo: “Me encontré este niño / cuando al campo iba / dormido lo he hallado / en unas espigas”.

* * *

Mis estudios humanísticos los realicé en el Liceo de Niñas de Antofagasta. La primera épo-

ca fue difícil. Como mi padre trabajaba en el mineral de Chuquicamata, tuvimos que dejar el hogar y quedar con mi hermana mayor en un internado particular. Empecé a vivir en la ciudad con otras niñas y una apoderada. Habitar una casa que no era la mía, acrecentó mi timidez que oculté escribiendo un diario de vida que mantenía bajo llave.

No fui una alumna brillante pero sentía marcada inclinación por el castellano, la historia, la música y el dibujo; obviamente, eran los ramos con mejores notas. Sentía verdadero terror por las matemáticas . . . creo que todavía lo siento. Tuve que cuidar el amor al dibujo para formar una alianza conmigo y llegar a ser una alumna sobresaliente en esta asignatura. Coursaba el primer año de humanidades cuando se nos dio, como tarea para la casa, escribir una composición sobre la madre. Recuerdo que mi compañera de banco, una niña muy pálida de nombre Isabel, comentó con infantil indiferencia: "Yo no tengo mamá, así que no pienso escribir nada". Este hecho me causó una extraña inquietud. ¿Cómo será no tener mamá? La pregunta repetida interiormente, una y otra vez, me llevó a escribir una dolida e ingenua

composición sobre la madre muerta. Al día siguiente, la profesora hizo que varias niñas leyéramos nuestros trabajos. Cuando leí el mío —seguramente con voz dramática— la maestra me preguntó muy seria: “¿quién le escribió esto?” “Yo, señorita”, respondí sorprendida. Pero ella, con voz fuerte, acusatoria: “Niña, no mienta”, agregando, “si no dice la verdad, la dejaré castigada”. Insistí llorosa en mi inocencia. Todo fue inútil. Terminaron las clases a las doce, yo quedé castigada hasta la una con varias comunicaciones que exigían: la presencia de mi apoderada, una anotación en conducta por contestar irreverente y un dos en castellano.

Ese día no comí y lloré toda la tarde. A la mañana siguiente me presenté con mi apoderada, “principal sospechosa” de haber escrito el trabajo; sus explicaciones acompañadas por mis lágrimas interminables no lograron liberarme del castigo. Todo fue en vano. El “dos” quedó ahí, rojo, inamovible, acorralando mi primera inspiración.

Las cosas no siguieron por ese camino. A los quince años obtuve el primer premio en un concurso literario sobre Antofagasta; un reloj, el primero que tuve por largos años, y un libro de Ga-

briela Mistral, me fueron entregados en el Teatro Imperio con asistencia de alumnos de todos los colegios.

Tuve excelentes maestras, recuerdo con especial cariño a doña Julia Benítez, profesora de dibujo, y a doña Guillermina Hinojosa, de biología.

Mis primeros balbuceos poéticos nacieron con gran pudor, (sigo siendo pudorosa frente a la poesía). No sé cómo surgió ni en qué momento, pero el deseo de comunicar lo que sentía a través de la palabra escrita lo experimenté siendo muy niña. Mis inquietudes se las confiaba a mi padre a quien escribía regularmente. En sus cartas, él me estimulaba, solía decirme: “estudia mucho, pero no olvides la lectura, aprende a cultivar tu espíritu que te servirá para toda la vida; recuerda, hija, que una persona bien dotada espiritualmente, nunca está sola en ninguna parte”. Sus consejos más las exigencias del colegio fueron ampliando mi mundo de adolescente. Muchos de los libros de autores chilenos —lectura obligada en el Liceo— no constituían novedad para mí, pues ya los había leído: “Chile, país de rincones”, “Viento de Mallines” y “On Panta” de Mariano Latorre; “Alsi-

no" de Pedro Prado; "Martín Rivas" de Alberto Blest Gana. Poco a poco iba incorporando nuevos autores a mi biblioteca.

A los diecisiete años leía mucho, pero a esa edad se tiene el candor y la vehemencia para la apreciación del género, nunca en clasificar lecturas o establecer cierto orden. No sé si hay cambios en los años en recaudar materias diferentes en la cultura. A la salida del Liceo, camino al internado, pasaba por una librería ante cuya vitrina permanecía largo rato mirando los títulos y portadas de libros. A veces me detenía a conversar con el dueño, un señor serio y amable. Pasé varias tardes a hojear y preguntar por tal autor. Mi curiosidad me llevaba a tomar notas y referencias.

Al margen de estudios y lecturas, Antofagasta me entregó sus paseos por la Avenida Brasil, también el espectáculo del mar y sus muelles. Durante un tiempo estudié música y ballet; empecé a interesarme en la pintura cuando mi profesora de dibujo me estimulaba a seguir estudios superiores en Bellas Artes.

Cursaba el cuarto año de humanidades cuando tuve la primera tristeza con la muerte del abuelo. Su partida desvanecía el mundo mágico de mi

infancia lleno de interrogantes. Allá quedaba arrinconado en los cerros copiapiños en la atracción de vetas y derroteros. El tiempo es del recuerdo y la serenidad.

Entonces me hice mayor.

Al término de las humanidades, rendí mi bachillerato y viajé a Santiago a resolver mi futuro en una carrera corta. Decidí ser enfermera. Entré a la Escuela Nacional de Practicantes, de la Universidad de Chile. En el transcurso de tres años de estudios, cuidé de alternar mi práctica en hospitales con mis inquietudes literarias. Empecé a publicar en la "Revista de Carabineros", "Eva" y "Margarita". Así aparecieron algunos cuentos como "Juan Manuel"; "Fiebre" "Pampa desnuda". La temática era siempre la misma, el hombre y el paisaje del norte.

Con un título en mis manos regresé a Antofagasta.

* * *

Durante diez años trabajé como enfermera-anestesiista en el Hospital H. Glover de Chuquicamata. El primer tiempo fue desconcertante.

Los turnos solían continuarse del día a la noche. El trabajo, excesivo, abrumador; el personal, insuficiente. Saltar del sueño a la vigilia fue una orden, un ejercicio que había que cumplir.

Era el tiempo de la Chile Exploration Company, de rubias ciudadanas norteamericanas que compraban en las pulperías con grandes canastos, mientras graciosas bolivianitas, de anchas polleras y sombrero blanco, se movilizaban entre el mineral y la ciudad de Calama masticando coca. Entonces, un hospital nuevo recién inaugurado reemplazó al viejo de pasillos oscuros y unos cuantos pimientos por jardín que no fue necesario demolerlo, porque un día cualquiera quedó sepultado bajo una montaña de ripios, piedras y arena.

Ser enfermera en cualquier hospital del mundo es dignificante; serlo en el de Chuquicamata es doblemente hermoso, pero también heroico.

“La verdadera aventura nortina comenzó en la minería”, nos dice el escritor Mario Bahamonde, pero la aventura corre a saltos con la muerte, la soledad y el viento. Los accidentes en la mina se producían con fatídica frecuencia. Como mi teléfono sonaba día y noche y a toda hora, aprendí a dormir a su lado. Mi oído se agudizó tanto

que no era necesario que sonara dos veces. A la primera llamada, con una mano contestaba y con la otra me vestía. En dos minutos estaba lista; ni siquiera perdía tiempo en buscar mis zapatos, éstos tenían siempre la misma ubicación y distancia, de tal manera que al dar el salto de mi cama, mis pies caían justo sobre ellos. Al salir de mi pieza, recibía el golpe seco, pertinaz, del viento sobre mi cara. Subía corriendo por los corredores al segundo piso del hospital donde estaba el Pabellón de Operaciones. Durante el trayecto no hacía más que toser por efecto de la atmósfera densa, asfixiante, que despedía la planta de sulfuros y que volvía el aire agresivo, irrespirable. Al principio me fatigaba, terminé acostumbrándome. —“No es nada” —solía decirme el chofer de la ambulancia, que llevaba casi treinta años trabajando y que apenas se le oía la voz cansada bajo el pecho anginoso. No es nada . . . pero en la población de casas grises y chatas, los pájaros y aves de corral no resistían y morían.

Arriba todo era rápido, urgente; llamada a los médicos de turno y al Banco de Sangre. Esta labor era dura por la escasez de personal. Trabajaba de dieciséis a veinte horas diarias. Cuando

me sorprendía que llevaba veinticuatro horas de actividad, pedía permiso para salir a lavarme los dientes. Me acostumbré a no dormir, y a consumir —en los escasos ratos libres— gran cantidad de café y cigarrillos. En más de una oportunidad acompañaba al médico de turno a la mina cuando se producía una explosión. Generalmente llegábamos demasiado tarde. Ya no había nada que hacer. La muerte se nos adelantaba instalándose en las amplias galerías de la mina, mientras el viento ululante barría los tristes despojos de los mineros muertos. Regresábamos al hospital en silencio, oprimidos... ¡a trabajar de nuevo! Todo era así, duro, desazonante, pero yo lo había elegido y obviamente, por convicción y amor profesional. Pienso que por esta misma razón estaban los médicos, enfermeras y demás personal.

Muy pronto aprendí el manejo de las máquinas de anestesia. Encargaba libros sobre esta especialidad a EE. UU. Después del trabajo, quedaba un tiempo para estudiar. A veces solicitaba al médico-director, me permitiera viajar a los hospitales de Neuro-Cirugía y de Tórax de Santiago, a observar y aprender más sobre distintos sistemas

de anestésias en accidentados. Naturalmente, esto lo hacía durante mis vacaciones.

Cada quince días viajaba a Antofagasta para estar con mi familia unas horas, regresaba al mineral en bus, circunstancia que aprovechaba para dormir.

Una noche, durante una operación, me desmayé. Fui hospitalizada por anemia. Me hicieron varias transfusiones, estaba muy delgada y seriamente enferma. Como en las noches no dormía, leía. Así fui penetrando el mundo fascinante de un autor que conocía poco, Albert Camus, Premio Nobel 1957. Me leí las "Obras Completas", contenidas en dos tomos. Leer "La Peste" produce un hondo estremecimiento. Creo que conocer el pensamiento de este autor en ese momento, me ayudó mucho, volviéndome más reflexiva y enriquecida interiormente. Cuando fui dada de alta, salí con el mismo peso, pero renovada de amor espiritual y de una nueva fortaleza. Puedo decir entonces como Somerset Maugham: "Cuando examino el pasado de mi existencia reconozco que la lectura ha sido la riqueza más perdurable que la vida me ha ofrecido".

Volví al trabajo. Como éste se intensificaba

en los turnos de noche, solía bajar a mi departamento, que estaba en el mismo edificio, a distintas horas; dos, tres o cinco de la mañana. Así empecé a descubrir la grandeza impresionante del desierto y su sobrecogedora belleza. Había algo extraño en su quietud geológica de mudez acariciante y sola. Rondando el hospital que está enclavado entre montañas, el viento parecía arrastrar un mensaje desde el fondo del tiempo. ¡Era un mundo mágico el que me envolvía! La curiosa forma de los cerros tenían cada día tonalidades distintas las que sorpresivamente se iluminaban con fantásticas irradiaciones. Entonces, silenciosa, asombrada pero alerta, de la misma manera como entraba —en puntillas— al Pabellón de Operaciones, lo hice al mundo de la poesía:

*Avanzo en puntillas
Un párpado antiguo
me coge en la partida.
Es la hora simple
es la hora en que los pájaros
cambian su color de alas
para voltearse de silencios
sin ruidos, sin vuelos ni lenguajes.*

*Tengo las llaves que lo enmudecen todo.
Avanzar, penetrar hacia la sombra del latido.
Aguardar la hora en que el mundo
me deja entre las manos sus mariposas muertas.*

Surgen así los primeros poemas, algunos imperfectos, vacilantes. Mi inquietud poética se nutría de todo aquello que me rodeaba. Acorralada entre el silencio y la vigilia, empecé a comprender que la muerte era el gesto definitivo, siempre al acecho:

*Es la hora de detener la luz
junto al lecho de los dolientes.*

*De expulsar la muerte a tientas
por todas las ventanas.*

*Hora de las llaves mudas
mohosas de vigilia.*

*Los dedos rasgan sábanas
que no envejecen nunca.*

*La muerte duerme siempre
en las pantallas viejas,*

*mientras va destilando
su reloj y su bostezo.*

*Pero yo la llevo sujeta
a mis pestañas sin sueño.*

*Es hora de enterrar los gestos
que hacen las palabras.*

*Hora de rodar de a poco
junto a una luz hecha cenizas.*

Una secreta y solitaria angustia me inducía a escribir, casi sin ilación, con una especie de nerviosismo subyugante y extraño, pero consciente que lo hacía como una forma de liberarme de mi propia soledad. Y existía también una realidad: la necesidad de una disciplina, constancia y rigor autocrítico en la búsqueda de una mayor madurez expresiva.

* * *

Por disposiciones inherentes a mi labor profesional, tuve que viajar al pueblo de Toconao

acompañando al médico sub-director del hospital, Dr. Alfonso Darricades, quien, junto con observar los trabajos de una clínica en construcción, debía realizar el control médico a los lugareños del pueblo. Exceptuando Toconao, yo conocía todos los lugares pre-cordilleranos: San Pedro de Atacama, Caspana, Chiu-Chiu, Lasana, Ayquina, Toconce, eran familiares para mí por el enorme atractivo que ejercían en pleno desierto.

Toconao, oasis casi bíblico, enclavado en pleno corazón del desierto, se desprende de la pampa para ofrecer su propio paisaje blanco. Desde las canteras, el pueblo rezuma el olor de sus huertillos, perales, damascos, ciruelos, membrillos. El viento que llega por la hondonada de "Jerez", murmura, empujando la paja brava, rozando cada brizna hasta perderse entre los caseríos del valle o la puna andina.

En mi "Canto a Toconao", los primeros versos dicen:

*En lo más alto del viento, enmudeció el desierto,
puso el sol sus estambres y espejismos
para que así nacieras, tibia y rumorosa
como una espiga, delgada y pura.*

*¡El hombre vio tus ansias vegetales
y colgó su verde flauta en tu cintura!*

En agosto de 1962 publiqué mi primer libro "Imágenes de Brumas y de Arena" con prólogo de Jacobo Danke y una xilografía de Luckó. El poemario lleva el siguiente anónimo persa, siglo XIV: "He oído voces en el desierto; pero estas no eran sino la voz llorosa de la bruma y la voz terca y sorda de la arena".

Sobre estos poemas, Andrés Sabella escribió: "Un amor humano desgarrado amorata su libro, concediéndole trágicos matices de tierra sola, de extensión quemada por las desolaciones:

*¡Mira cómo construyo
tanta soledad
tanta sombra
sólo por tenerte! (Pág. 49)*

"Pero, de la ruina y el enceguecimiento de los desamparados, Graciela Toro descubre una luz de futuro, y en el poema "Floración" (Pág. 37), tal vez el más representativo de esta hora de su vida en que oscila de sal a sal encontramos su

ternura abierta, de par en par, hacia la esperanza;
bajo el delantal de la clínica se escucha el canto
claro de la maternidad sin fronteras ni colores:

*Tras las puertas herméticas
le está floreciendo el vientre
como una arcada de luces.*

*Y está sumergida en la noche
con un taladro en el dorso
y un pétalo sobre el pecho.*

*Y yo respiro con ella
y yo miro por ella
la espiga que se abre.*

*Afuera, el viento es otra cosa . . .
Pero aquí toda piel es agua pura.
¡Tanto océano para contener a un niño!"*

En "Correo Literario de El Mercurio" de Santiago, sábado, 30 de noviembre de 1962, apareció el siguiente comentario:

"Poetisa de la sal y el yodo del desierto es Graciela Toro. Lo muestra en su libro "Imáge-

nes de Brumas y de Arena". Un título demasiado largo para los gustos actuales. Vamos más allá del título. No creemos en la existencia de una "poesía femenina". Hay poesía simplemente. Pero hay, sí, un matiz, una distinción: el "aporte de sensibilidad" que es diferente. Advertimos en este poema:

*"Me veo morir en ti
acomodándome la piel
como una cosa nueva.*

*¡Ay los hilos de tu sol
moviéndose en mi tiempo
como sílabas doradas!*

*¡Ay, la muerte
de morir en ti
para morir de nuevo!*

"Es una manera sencilla de decir cosas profundas. Y en esto estriba uno de los secretos menos descubiertos por la poesía de nuestros tiempos". En la revista "Atenea", octubre de 1963, el escritor Lautaro Yankas escribió un largo comen-

tario sobre este libro; en uno de sus párrafos dice: "Hay versos que nos acercan a Gabriela Mistral, quizás a Alfonsina Storni, a la poesía mística; son luces que la poetisa del desierto sabe absorber y ahogar en sus ansias caldeadas por la brasa norteña y el vapor de los metales".

Junto con la aparición de mi primer libro, vino la enfermedad de mi padre. En septiembre de 1962 lo trasladé, grave, al hospital de Antofagasta. Ambos tratábamos de estar enteros, él contra la muerte, yo contra el dolor de lo inevitable. Días sombríos en los que no me separé de él ni un solo instante. Entonces, tuve la palabra y el apoyo moral de un gran amigo y poeta, Andrés Sabella, quien lo visitaba continuamente en su lecho de enfermo. Hay gestos... y el corazón no olvida. Recuerdo que una noche, luego de la visita habitual que el poeta hacía a mi padre, en el momento de retirarse me entregó un pequeño paquete y un libro diciéndome: "Tía Martina te envía estas zapatillas que ella tejió para el descanso de tus pies; este libro, "Vida secreta de Gandhi", es para el descanso de tu espíritu". En su interior decía: "A Graciela, esta vida grande para acompañarla en su grande vida de mujer y de poeta".

Hoy lo digo con emoción y gratitud: Andrés Sabella es, después de mi padre y de mi marido, el hombre que ha estado más cerca de mi ternura y respeto.

“La muerte es un acontecimiento real y concreto, no el cumplimiento de un rito”, dice Simone de Beauvoir. ¿Qué fue para mí la muerte de mi padre? Un desgarramiento hondo, irrepetible. Dicen que cada dolor nos hace conocer de nuevo el mundo, que cada dolor es un alumbramiento de la verdad. Y debe ser así, pero antes, está la angustia que corroe interiormente, que envejece.

A la muerte de mi padre, volví al trabajo y a la poesía. Mi madre y mis hermanas quedamos reducidas a nuestro mutuo dolor y cariño.

Con la llegada de nuevo personal, mi trabajo en el hospital me fue dejando mayor libertad y tiempo. Busqué nuevas lecturas: Octavio Paz, Ungaretti, Hermann Hesse. De Jacobo Danke, excelente escritor y amigo, recibí un libro valiosísimo, “Poemas”, de Oscar Lubisz Milosz con prólogo de Augusto D’Halmar; el conocimiento de este poeta meditativo, profundo, fue un verdadero hallazgo para mí. “La sazón de esta alma cae en-

tre las madureces salomónicas de los varones de todos los tiempos”, dijo Gabriela Mistral refiriéndose a la poesía del gran poeta lituano.

Como mis turnos de noche me dejaban algunas horas libres, me dediqué a lo que siempre me había gustado: la pintura.

En mis días de descanso, tomaba el caballete, mi caja de óleos y salía a pintar a orillas del río Loa. A veces viajaba a los pueblos andinos en la búsqueda de un paisaje diferente. Pienso que no lo hacía mal. En el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura de Chuquicamata y en la Municipalidad de Calama expuse algunos óleos junto a varios pintores. Dos de mis cuadros fueron donados, Pro-construcción de la Policlínica de Toconao, que era en ese momento una seria preocupación del médico-subdirector y de los habitantes del pueblo. ¡Qué fantástica me sentí cuando me enteré que uno lo había adquirido un alto jefe de la Gerencia de Chuquicamata! El primer artículo que escribí en un diario local fue para pedir a los habitantes del Loa, “su cooperación” para el mismo fin. Hoy Toconao tiene una hermosa policlínica, y yo . . . aun conservo una linda manta tejida al telar que me regalaron en el pueblo.

En el año 1964, obtuve el "Primer Premio en Poesía" en la ciudad de Arica, en un concurso zonal de poesía y cuento, por un conjunto de poemas titulado "Presencia", dedicado a mi padre.

*Amo la hora del pan
menudo tiempo de ternura
desgajándose sobre la mesa.
Dejando en cada mano
su tibia pureza
de vegetal dorado.
Y pienso en ti, padre mío,
álamo ausente en mi tristeza.
Porque cada mañana
tú nos ofrecías tu corazón
abierto como una almendra.
No estás.
Pero en la mesa donde tú faltas
tu voz está presente
en el trigo que madura.*

* * *

La tranquila existencia que aparentemente se llevaba en Chuquicamata estaba muy lejos de per-

mitirme momentos de solaz o de descanso. Tenía dentro de mí una verdadera ansiedad por estar en constante actividad. A mi labor profesional, sumaba mi dedicación a la pintura, a escribir. Mantenía un permanente contacto con escritores y pintores que visitaban el mineral ya sea para ofrecer conferencias o exponer sus obras. De aquella época recuerdo la amistad gratísima de los pintores Helga Krebs, Luis Naranjé Simón y Osvaldo Silva Castellón; me sorprendían en cualquier momento. Tuve una visita estando de turno; como a las nueve de la noche me avisaron que una persona llegada de Santiago deseaba verme. No podía salir a recibirla y ésta debía regresar al día siguiente a la capital. Me esperó... ¡cuatro horas! Era un periodista que llevaba libros y correspondencia de Jacobo Danke y Nicomedes Guzmán con la recomendación de entregármelos personalmente. Finalizar la jornada tarde, agotada, nunca es ingrato cuando se puede disfrutar de una taza de café en la compañía de un joven periodista que quiere conversar de poesía... ¡a las dos de la mañana!...

No sé si fue el tiempo así. No llegué a cono-

cer a Nicomedes Guzmán por cuya obra siento alta admiración.

Dentro del equipo médico mi trabajo me permitió conocer profesionales de excepción, médicos que entregaban absolutamente todo por un enfermo, sus conocimientos, su descanso. Muchas veces los vi, los ojos enrojecidos por el sueño y la fatiga, trabajar horas y horas sin reposo y con el espíritu siempre en alto. Después de cada jornada, sentía crecer mi admiración por ellos y desde mi modesto lugar, creo que de alguna manera trataba de imitarlos. Porque fortalecieron mi espíritu, humana y profesionalmente, no los olvido. Dres. Juan Bradford y Luis Urdangarin.

Debo al padre Carlos Klemm, sacerdote húngaro, que visitaba regularmente a los enfermos, el conocimiento de la obra del pensador Teilhard de Chardin. El padre Klemm poseía junto a su humildad, una vasta cultura. Recuerdo su sentido de hablar con profundidad de Rainer María Rilke y Jean Arthur Rimbaud. Estudioso de la historia tomaba sus líneas en literatura antigua y moderna con una inefable alegría del espíritu.

En horas de dolor y también de alegría, él fue y sigue siendo un gran amigo.

Mi madre y mis hermanas vivieron un tiempo en Calama. Yo las visitaba cuando las circunstancias me lo permitían. Por aquellos días conocí al joven arqueólogo Lautaro Núñez, Director del Museo Arqueológico. Nació entre nosotros, una bella y gran amistad.

Calama me parecía una ciudad hermosa con sus vegas y el río Loa, pero una actividad cultural escasa la hacía sobrecogedoramente triste. Exceptuando la que mantenían los colegios dentro de sus aulas, lo demás era apatía, indiferencia. Movidos por afanes similares, decidimos con Lautaro Núñez, crear un centro o institución que sirviera para estimular las inquietudes de la juventud.

El comienzo fue difícil. Lo primero que se hizo fue citar a una reunión enviándose unas doscientas invitaciones entre amistades y conocidos. Estas fueron "reforzadas" con llamadas telefónicas y crónicas que escribí en "El Mercurio". Conseguimos uno de los salones de la Biblioteca Municipal. Estábamos muy nerviosos con el resultado de esta primera reunión. A las siete de la tarde, "hora señalada", ya teníamos el público. ¡Dos per-

sonas! Una señora que nos confidenció con simpatía que asistía porque en la casa estaba aburrida y un joven de quince años que con timidez extrajo del bolsillo una figurilla tallada en madera que él había hecho. Obviamente, nos dio el mejor ali- ciente para insistir en nuestros propósitos. Frente a este anhelo no siempre estábamos juntos con Lautaro para planificar y discutir proyectos. Así, cuando yo tenía tiempo, él andaba de viaje en su trabajo de excavaciones; a su regreso, yo estaba de turno. Sin embargo y pese a todas las dificultades, llegamos a crear "El Taller del Desierto", institución que se formó con el auspicio del Depto. de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, de Antofagasta.

Creo que con Lautaro Núñez hicimos cosas hermosas. Artes Plásticas, Cine y Fotografía, Teatro, Música, Literatura y Arte Autóctono tuvieron una amplia proyección en el Taller. Un entusiasmo creciente entre la juventud de Calama y Chuquicamata, profesores y obreros, dieron a Calama una vitalidad diferente. Conjuntos corales, jóvenes talladores en madera encontraron en el Taller un medio para desarrollar sus inquietudes artísticas. En diciembre de 1964 se realizó en Calama

“La Primera Feria de Arte”. Para este efecto se hicieron afiches que se enviaron a las ciudades del norte y sur con el fragmento de un poema mío: “Amigos del Sur de Chile . . . Ven a conocer cómo son los amaneceres en la copa del desierto. Yo te entrego mi silencio de sal y este sol ardiente entre mis manos / Calama es un cántaro verde detenido junto al río”. Artistas, pintores, grabadores, escritores y poetas dieron especial realce a esta Primera Feria de Arte en el ambiente del Loa. Las tres universidades de Antofagasta se hallaron presentes.

* * *

En el año 1965 se formó en Chuquicamata el Centro de Cultura Hispánica del que fui su Vicepresidenta por largo tiempo. Esta labor se pudo hacer por el carácter personalísimo de don Artemio Vicent Ferri, español preclaro, de un amor entrañable a América, que reside años entre nosotros y nos deja un libro “Visión de España”, matizado por leves toques poéticos en la aguda nostalgia de la ausencia. Fue presidente de la institución y a él se debe la edición de la revista “Raza”

que obsequiábamos. No podría olvidar en estos trabajos al secretario, Héctor Pumarino, en su obra reconstructora del vasallaje incaico.

Ese mismo año viajé a la ciudad de Arica, a un encuentro de escritores invitada por la Universidad de Chile. Asistían Mario Bahamonde, Andrés Sabella, Sergio Hernández, Oscar Hahn, Alberto Carrizo, Héctor Pumarino, Marina Teresa Castro, Luisa Kneer, Héctor Carreño. Se formó el "Frente de Escritores Nortinos". Su misión, promover el intercambio regional de los escritores, y la de procurar una circulación más efectiva de los libros. Este "Frente", tuvo posteriormente, el año 1966, una nueva jornada cultural en La Serena junto al "Círculo Carlos Mondaca", presidido por la escritora Luisa Kneer. En esa oportunidad estuvieron además, los escritores Martín Cerda, Alfonso Calderón, Tomás Mc Hale, Sady Zañartu, Marta Blanco, Benjamín Morgado y Salvador Reyes.

En el año 1966, la Editorial Universitaria publica una Antología de la Poesía y el Cuento Nortinos, compilación y notas de Mario Bahamonde y en la que estoy incluida.

En 1967, aparece mi segundo libro de Ed.

Universitaria, "Tiempo de Vigilia", dedicado a mi padre. Este poemario contiene algunos de los poemas premiados en Arica con el título "Presencia".

Me parece siempre objeto de un sentimiento expresado aquí en "¿Quién es Quién?", el nombre de un buen amigo, Alfredo Aranda. Su estilo en la crítica, donde modera el canto y pone perfección en la palabra, que no se va del juicio en la obra por demás exaltada con delicada construcción: "La palabra poética de Graciela Toro está hecha de lo telúrico del paisaje andino y de su mundo de sueños. La comunicación sale del sueño, abandona las sensaciones oníricas y se queda plenamente entre nosotros en su esencia de ternura y emoción. Palabra poética y presencia diáfana de lo femenino en la poesía actual".

Una beca concedida me trae el año 1969, aun dueña de actividades propias para mí. ¿Qué significaba esto? ¿Una renuncia a mi profesión?

Pienso que nunca una se desprende de lo que se ama. A España viajé como lo que era y sigo siendo, una enfermera que de vez en cuando escribe, o dicho de mejor manera, una mujer que ama su profesión con la misma intensidad y honestidad

con que ama las palabras. Esto puede parecer dubitativo pero no lo es. Ambas disciplinas hacen mi identidad.

Antes de viajar a Madrid, ofrecí un recital en el Instituto de Cultura Hispánica de Santiago, en que compartí la lectura de mis poemas con una noble amiga, Francisca Ossandón, que por cierto levantó el corazón con sus versos hermosos. Quedé así propuesta en la partida de un sentimiento fraterno.

Viví en Madrid, en el Colegio Mayor Femenino Hispanoamericano Juan XXIII. Con su directora, María de los Angeles Rodríguez, a quien recuerdo como a una mujer bella y culta, de sólida personalidad, llegamos a ser buenas amigas.

El colegio albergaba a casi doscientas colegialas en un total de veintiocho nacionalidades, predominando Hispanoamérica, y dando cabida en número reducido a españolas, norteamericanas, filipinas y del Canadá. A pedido de la dirección, asumí la responsabilidad de dirigir el Ateneo Juan XXIII, conjuntamente con la profesora y periodista boliviana Maritza Balderrama. Este Ateneo establecía que las colegialas de distintas procedencias dieran a conocer sus países a través de

sus manifestaciones culturales y folklóricas; estas se realizaban cada quince días con creciente interés de parte del colegio, público asistente y de representantes de las distintas embajadas.

Asistí en Madrid a diferentes cursos en el Instituto de Cultura Hispánica: "La Novela Hispanoamericana de Hoy"; "Lo español en la creación artística"; "Curso Iberoamericano", que se ofrecían especialmente para profesores de Castellano, y, donde tuve por maestro al distinguido poeta Carlos Bousoño.

Tuve la oportunidad de ser llamada del Instituto de Cultura Hispánica para dejar grabada la lectura de un texto; me enteré que esto lo hacían con varias becas con el objeto de buscar una voz que sin ser identificada de un país determinado, simbolizara la voz de Hispanoamérica, destinada a un programa sobre hispanidad para la T. V. española.

Después de esta grabación viajé por unos días a Suecia a casa de una familia amiga. Estando en Estocolmo supe por el Sr. Matías Seguí, jefe de Relaciones Culturales del Instituto que mi voz había sido seleccionada. A mi regreso a Madrid grabé el Programa para la Televisión Española junto

al escritor y académico, Francisco Acaso, quien representaba la voz de España. El video tape tiene una duración aproximada de veinte minutos. El texto fue estructurado por el Sr. Matías Seguí y Juan Farías, novelista, autor entre otras obras de "El Puente de Cádiz". El texto lleva por título: "La hispanidad como consecuencia histórica" y tiene algunos fragmentos de "La Araucana" de Alonso de Ercilla; textos de Salvador de Madariaga y de Unamuno. Fue televisado para toda España y América el 12 de octubre de 1971.

Me enteré que en Santiago lo había ofrecido Canal 13 de la Universidad Católica.

Estas tareas resuelven muchos sentimientos por las personalidades de poetas y escritores que a nuestro paso suele el estilo poner cerca. Acaso así pude conocer a Carmen Conde y a los que procuré hallar en camino de admiración. Entre estos, visité a Félix Grande, José García Nieto, José Hierro, Emilio Miró, Francisca Aguirre, Rafael Montesinos, Demetrio Castro Villacañas, José Luis López Anglada, José Luis Prado Nogueira, muchos de los cuales fueron y siguen siendo excelentes amigos.

A Carmen Conde, la poetisa y primera mu-

jer que ocupa un sillón en la Real Academia Española, le debo un afecto profundo por la forma de acercarse a mí, y especialmente darme a entender lo que se puede amar en belleza y sentido de la proporción de las cosas.

A su labor expresiva en la intelectualidad española es digno destacar dos grandes empresas: la fundación de la Universidad Popular de Cartagena y el rescate del Archivo de Rubén Darío en colaboración con su esposo, el catedrático y escritor Antonio Oliver Belmás.

Admiro en Carmen su aliento delicado para escribir desde su sensible visión de mujer extraordinaria para situar el ánimo y juzgar con rectitud, aún prodigando sus años afectivos dentro de su labor.

El tema de ella era siempre la poesía, acaso yo misma debí cuidarme de su realidad sintomática, moderar las cosas sin afectarlas por su convivencia antigua con Gabriela Mistral, una amistad que las unió muy de cerca y tanto que la poetisa prologó el primer libro de Carmen.

Una tarde que la visitaba, tuve en mis manos su archivo con la correspondencia de Gabriela, hecho que ella no acostumbraba con nadie y que yo

agradecí. Estuve horas leyendo sus cartas. ¡Qué emoción sobrecogedora sentí al traspasar el límite de las confidencias y sumergirme en un mundo íntimo de hondas reflexiones! Me retiré de la casa de Carmen con un extraño temblor en el alma. Sola, silenciosa, atravesé el parque de la Ciudad Universitaria; iba como en sueños, me parecía que la brisa más leve podía romper ese mundo de sublime privacidad y ante el cual, Carmen me hizo su confidente. ¡Gracias, querida amiga, tú sabes que no te olvido!

Debo a ella ser presentada en el Ateneo de Madrid en un recital que ofrecí el 21 de diciembre de 1971. Estaba muy delicada de salud. Yo me sentí preocupada y se lo manifesté. Con voz firme, entre seria y risueña dijo: “¡Sí, sí, estoy enferma, pero estoy aquí porque eres Graciela Toro, una gran amiga . . . ¡Y vienes de Chile!”

No podré olvidar su espontánea actitud en el Ateneo. En su presentación, Carmen Conde, la notable escritora española, dijo:

“Vamos a escuchar a una poetisa en cuya voz concurren hermosas y dolientes peripecias del humano acontecer, suave y delicadamente. Mas, atención a su entrañable significado. Graciela dice

cuanto hay que decir del bien y del mal que informan este mundo suyo y el nuestro, con exactitud calofriante. No es la típica poetisa américo-hispana que a fuerza de torrencial se anega en su corriente; ni la salmódica inmensa Gabriela Mistral o la apolínea y dionisiaca Juana de Ibarbouro, o la amarga cáustica y llorada Alfonsina Storni; ni la ascética esplendorosa Clara Silva. Es, lo cual es muy de resaltar, ella misma, dueña de su decir perfecto y de su propia y auténtica noble inspiración. Lírica predominantemente, pero abarcante también de los problemas del trabajo y el esfuerzo del hombre, de su sacrificio a una sociedad cada día más despiadada que pasa por encima de lo que derrumba, destruyéndolo con absoluta indiferencia.

Graciela lleva en carne viva sus raíces de la tierra y el cielo. Es sensible y sonrío con dulzura para atenuar, muchas veces, bien dosificadas imprecaciones necesarias. Su actitud contenida, su ancha capacidad de sufrimiento, que iguala a la de su comprensión y tolerancia, la hacen una isla de consuelo y de amor en el inabarcable mar de la poética américohispana.

Pasó brevemente por España, sí; pero, ¿aca-

so no estaba ya aquí siendo tan nuestra como le pertenecemos?

Como una hermana adelantada que no quisiera agrandar distancias, se produce al caminar. No nos lleve a error de aprecio su andadura: va delante, lo justo para que la comprobemos si solitaria, porque señera”.



Ese mismo año, 1971, envié desde Madrid a la ciudad de Antofagasta al poeta Manuel Durán Díaz, dos cintas grabadas con las voces, en la lectura de sus versos, de diez poetas españoles, casi todos, Premios Nacionales de Literatura.

En marzo de 1972 viajé a Barcelona invitada por el Instituto Catalán de Cultura Hispánica para ofrecer una lectura de mis poemas. Tuve la sorpresa de hallarme en una ciudad muy europea, con una vida cultural y artística rica y aunque se dice que la Universidad de Barcelona, “no alcanzó nunca el esplendor de la de Salamanca o Alcalá”, yo recuerdo haber leído que para Cervantes, esta hermosa ciudad fue “archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres,

patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única”.

Durante el tiempo que permanecí en Madrid escribí en la revista “Poesía Española” y “Alamo” de Salamanca; y además, enviaba crónicas para “El Mercurio” de Antofagasta.

Nunca está demás el tema unido a la poesía por el encuentro continuo en el Instituto de Cultura Hispánica, el Atenco o en el Café Gijón con poetas que llegaban a España para citar al uruguayo Jorge Arbeleche, poeta culto y fino y que compartía con todos, los parabienes de la gran Juana de Ibarbourou.

¡Cuántas personas cordialísimas! José Luis Prado Nogueira, autor de “La carta” y “Oratorio del Guadarrama y Miserere”. Pureza Canelo y Francisca Aguirre, dos excelentes poetisas. Norma Dávila, médico-endocrinóloga, ecuatoriana, mujer de gran talento con quien departí gratos momentos en el Colegio Mayor.

Circunstancias de tipo familiar me hicieron regresar al país. Conmigo traía un libro de poemas que no alcancé a publicar: “El Vuelo sobre las Piedras”.

A mediados de 1973 y, encontrándome en Antofagasta recibo casi simultáneamente de Santiago, dos llamadas telefónicas importantes. Una, el ofrecimiento de un médico amigo para trabajar en un hospital de Santiago; la otra llamada era de un familiar invitándome a viajar por un año a India y Pakistán. Cuando me confirmó que la invitación iba en serio, reflexiva dije que lo pensaría, pero mentalmente... empecé a preparar mi maleta.

A principios de 1974 me uní al grupo familiar que lo formaba, mi hermana Nelly, su marido, Jorge Muñoz Pontony y sus hijos: Jorge, de catorce años, Mónica de cinco y la pequeña Paola de tres. Mi cuñado debía cumplir una misión como Observador de las Naciones Unidas en India y Pakistán. Mi conocimiento de esas tierras obviamente se limitaba a ciertas lecturas, nada más.

La India milenaria tenía para mí, el mágico encantamiento de las Mil y una Noches. Había leído la vida de Gandhi de Tangee Shahani y Romain Rolland. Su vida ascética, su doctrina de la No-Violencia surgida de su gran amor a la huma-

nidad, no dejaban de asombrarme. Rabindranath Tagore, el incomparable autor de Gitanjali, que supo cantar a la vida como Walt Whitman, había penetrado tempranamente mis lecturas de niña. ¡Y estaba Rudyard Kipling, invitándome a conocer Lahore, la bella ciudad de la India, cuna de Kim, el intrépido discípulo del viejo lama!

Pero entre el Satyagraha de Gandhi, el canto de Tagore y las aventuras de Kim, el Asia de los monzones me parecía tan lejana, que decidí informarme acuciosamente antes de viajar; mi curiosidad se frustró, no encontré absolutamente nada que me ayudara a auscultar costumbres, oficios y cofradías de esas tierras.

Con este magro equipaje de conocimientos y vacunada contra la fiebre amarilla, el tifus, cólera y malaria, cruzamos continentes y mares. Lima, Guayaquil, Miami, Los Angeles, Honolulu, Tokio, Hong Kong, me fueron entregando sus cielos y paisajes antes de llegar al subcontinente.

Mi primer encuentro con la India fue llevando tras sí, mi embeleso. Cada salida, una sorpresa, cada calle, una aventura.

Delhi, Amritzar, Srinagar, en la India. Karachi, Lahore, Rawalpindi, Islamabad, en Pakis-

tán. ¡Bellas y exóticas ciudades! . . . todas, cargadas con olores: a madera de sándalo, a pimienta, a canela, a capotillo de arroz; ciudades que oscilando entre el medioevo y la época moderna, me llamaban a quedarme. ¡Si hasta me pareció que de una callejuela de Lahore, Kim me sonreía, instándome a volver!

Por los caminos de Cachemira, los cultivos de arroz que rodean el valle entrelazan el verde deslumbrante de sus renuevos con el amarillo del arroz maduro; búfalos chapoteando perezosos en el agua; camellos displicentes, avanzando en largas caravanas con aires de fiesta, entre cintas y colgajos de colores; vacas sagradas, flacas y melancólicas, vagando por las calles de Srinagar; inmensos bosques de cedros y chinars. Todo esto, me fue entregando un paisaje diferente y una emoción nueva.

En India y Pakistán viví poco más de un año, tiempo breve para recorrer sus tierras y conocerlas en plenitud. Pero conocí su gente, viví entre pakistaníes e hindúes. Pasado el Ramadán, fiesta de los musulmanes, comimos con ellos y aceptamos jubilosos sus regalos. Para Navidad, cenaron

en nuestra mesa y sus niños corearon con los nuestros, dulces villancicos.

No aprendí el idioma, pero un día me sorprendí cuando descubrí que Mónica, mi sobrina de cinco años, conversaba en urdú, no sólo con niños de su edad, sino también con el "dobie" (1) y los mercaderes que pasaban por la casa.

De India y Pakistán nada he olvidado. Ni cuando el Primer Ministro, Zulficar Ali Bhutto (2) hizo llegar a mi casa, su espléndido libro, "El Mito de la Independencia", con una concisa nota invitándome a su hogar, ni cuando un día, cruzando a Taxila, un campesino me ofreció timidamente sus dátiles y chapatti (3) como homenaje de hospitalidad.

Mis experiencias vividas en el subcontinente están contenidas en notas, apuntes y reflexiones que he ido ordenando para un próximo libro, sugerencia hecha por el escritor y crítico literario, Alfonso Calderón. Tengo, sí, dos anécdotas que por ser literarias, estimo interesante contarlas hoy.

En septiembre de 1974, escribí un artículo

(1) Lavandero.

(2) Primer Ministro de Pakistán, ejecutado en abril de 1979.

(3) Especie de sopaipilla, contiene agua, harina y sal.

que titulé "Chile", el que fue publicado en urdú en el "Srinagar Times", en Srinagar, estado de Cachemira, lugar donde yo vivía entonces. Dos días después llegaron hasta mi casa varias personas vestidas según las regiones de donde procedían. Algunos, con turbantes; dos, de edad avanzada y aspecto venerable, lucían una larga barba blanca; los más jóvenes, estilizados, morenísimos, casi de ébano, llevaban el traje típico de Cachemira. Se presentaron como parte de la Directiva de la Sociedad de Escritores del "Punjabi Sahit Sabha". Habían leído mi artículo, querían conocerme e invitarme a una de sus sesiones a realizarse dentro de una semana. Sorprendida, pero halagada, los invité a una taza de té. Sentada con ellos en la alfombra, con una tetera samovar y comiendo semillas dulces, me parecía estar viviendo el más extraño cuento del Oriente.

Acepté la invitación. El día indicado llegué a la sede de la Sociedad, acompañada por el mismo grupo que me había ido a buscar, más un buen amigo musulmán, Altaf Hussein. Me encontré con una asistencia numerosa, damas que lucían hermosos saris, algunos, recamados en oro y plata. El ambiente era extraño y desconocido, pero

me resultaba, justamente por ello, atractivo, grato. A la entrada del pequeño salón, varios retratos colgaban de sus paredes, estos eran de gran tamaño. El primero que mis ojos vieron... ¡el de Pablo Neruda!... A su lado, un mural con algunos poemas del vate, escritos en urdú. Me dijeron que pertenecían a "Veinte poemas de amor"... A la lectura de versos de varios poetas de Cachemira, algunos venidos de Jammu o Baramula, me pidieron que leyera algo mío en español, lo que hice con mucho agrado, así me liberaba un poco de mi "precario inglés". Me sorprendí del profundo conocimiento que tenían de la obra de Pablo Neruda, como también de Federico García Lorca, para ellos, los más grandes poetas, por el humanismo y belleza que su obra encierra. Terminada esta ceremonia, con recitales y entrevistas, me enseñaron la biblioteca regalándome libros y revistas. Me informé que las damas, en su mayoría, eran actrices. Todo terminó con un té, semillas dulces y pastelillos. ¡Una sesión memorable!

En Rawalpindi, importante ciudad de Pakistán, me llamó la atención, el culto, la verdadera adoración que se tiene por la memoria de Mohamed Ali Jinah, héroe nacional, "fundador del Pa-

kistán” y por Allama Iqbal, poeta y filósofo y de quien se dice que fue el primero en concebir el espíritu liberal de la India musulmana. Sintiendo interés por conocer más la obra del poeta, un día manifesté a una amiga pakistani, Sarwa Khan, que me informara al respecto. Distinguida, fina, ella me confesó que sus conocimientos no eran del todo completos, pero que mis deseos serían cumplidos al día siguiente. Así fue. A las nueve de la mañana, yo tenía en mi casa cinco profesores de la Universidad de Islamabad, todos expertos en Allama Iqbal como educador, abogado, político, poeta y filósofo. Una reunión... ¡igualmente memorable!

En el Pakistán Occidental, aparte del idioma urdú, se habla, según las regiones, el pendjab, el baluchi, el landha, el gujerati y el dardi. En la enseñanza superior, también en la vida administrativa, se habla el inglés.

A mediados de 1975 dejamos India y Pakistán. Lo hice con pesar, tal vez porque allí dejé tantos y tan buenos amigos, o... porque son pueblos que no quiero ni puedo olvidar. En mi maleta traía un sari, recuerdo de una amiga hindú. Un Corán y la obra de Allama Iqbal, obsequio de un

amigo pakistaní, profesor de la Universidad de Islamabad.

Regresé al país. Volví al norte. No acepté un trabajo que me ofrecieron en Santiago. Decidí quedarme junto a mi madre quien ya acusaba un deterioro en su salud.

A solicitud del Canal 3 de la Universidad del Norte de Antofagasta, preparé un telecurso sobre "Poesía femenina hispanoamericana". La programación la hice en ocho sesiones de treinta minutos cada una para ser ofrecida por televisión durante la Segunda Escuela Experimental de Temporada. También tuve a mi cargo la conducción de otros programas culturales, como "Hablemos de libros", y una entrevista al señor K. N. Chakravarti, Encargado de Negocios de la India, quien se encontraba de paso por la ciudad.

El 15 de mayo de 1976 recibí, junto a otros escritores del Norte, la honrosa distinción como "Miembro de Honor del Instituto de Literatura Nortina de la Universidad de Chile". Este Instituto fue fundado en 1966. Desde entonces ha desarrollado una labor de grandes proyecciones dentro de sus objetivos literarios y étnico-culturales del norte de Chile. Junto a la investigación sobre

literatura escrita, ha manifestado una preocupación permanente por los estudios lingüísticos y literarios de los pueblos precordilleranos. Su actual Director, Roberto Lehnert, profesor de literatura inglesa y norteamericana, trabaja con un equipo académico entusiasta y estudioso.

En 1977, la revista "Cuadernos de Filología" de la U. de Chile, publica un cuento mío "Al otro lado del río". Ese mismo año, en un trabajo conjunto con el abogado y poeta Juan de Dios Franzani y el Dr. Ibar Méndez, creamos en Antofagasta los "Aquelarres poéticos", tertulias literarias que se realizaban en el Hotel Antofagasta con un público permanente entre ochenta y cien personas. Estos aquelarres se hacían los días domingos. Recuerdo de manera especial uno que se hizo en el mes de septiembre dedicado a "La Araucana" y que fue analizada desde el punto de vista histórico y literario por los Dres. José María Casassas y Andrés Sabella respectivamente y ante un público de aproximadamente trescientas personas. La actividad de estas tertulias me permitió viajar a las ciudades de Calama y Taltal, con los escritores, René Peri, Alfredo Aranda, Marina Teresa Castro y Nelly Lemus. Posteriormente viajé, en esta

misma labor, a la ciudad de Valparaíso, invitada por la Asociación de Escritores, representada por el escritor Manuel Astica y Alan Droullet, Director del Instituto Chileno-Francés de Cultura.

En 1978 aparece la "Antología Atacameña", Compilación y Notas de Alfredo Aranda, en la que fui incluida.

* * *

El 29 de febrero de 1980 falleció mi madre; ella, tan hermosa y tierna, se fue dulce, suavemente como las palomas. Durante cinco años la cuidé. Su dolor, haciéndose mío, cuando se fue, ya no sufría.

* * *

Pero... ¿Quién soy?

Soy una mujer que he aprendido a ser feliz con esa felicidad que yo me he dado, de mujer íntegra, sin arrepentimientos. Como Simone de Beauvoir, "creo que los árboles, las piedras, los cielos, los colores y los murmullos de los paisajes, jamás terminarán de emocionarme".

Me gusta escribir en las mañanas temprano. Soy como el urogallo que canta al filo del alba.

Mi profesión también es de madrugada. Así, he llegado a descubrir que las primeras horas del amanecer tienen por lo general, un rostro emocionante. Y en ese rostro... camina la poesía y el amor.

Yo creo lo que decía un poeta español: "La poesía es cosa cordial. A mí me sirve para vivir más y para ser mejor de lo que soy".

En el amor, busqué primero la luz en la lectura de "Mar Hondo", aquel libro que me entregó la biografía y la historia del Puerto Sin Esperanza; cuando era una niña. Ahora soy huésped de ternura en el corazón de su autor, aquí expresivo de escucharme, Sady Zañartu, mi esposo, notable escritor y gran compañero.

Tengo dos hermanas buenísimas; tres sobrinos inteligentes y hermosos. Y muchos amigos.

Una vida ya hecha, acaso más humana que literaria.

Pero quizá si por aquello que dice Ernesto Sábato que, "una obra de arte no se crea con la cabeza solamente, se hace con todo el cuerpo, con los sentimientos, los pavores, las angustias y hasta los sudores"... Yo también espero, con humildad, llegar a crearla.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Osvaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards
Eugenio Mimica Barassi
Maité Allamand
Tercsa Hamel
Guillermo Trejo
Graciela Toro



COEDICION
ZAMORANO Y CAPERAN
LIBRERIA Y EDITORIAL
EDITORIAL NASCIMENTO